

ANATOMÍA ARTÍSTICA 4

Grasas y pliegues de la piel



Título original: *Morpho. Anatomie artistique. Graisse et plis de peau*
Publicado originalmente en 2018 por Groupe Eyrolles, Paris.

Diseño: monsieurgerard.com
Todas las ilustraciones son del autor

Versión castellana de Unai Velasco
Diseño de la cubierta: Toni Cabré/Editorial Gustavo Gili, SL

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La Editorial no se pronuncia ni expresa ni implícitamente respecto a la exactitud de la información contenida en este libro, razón por la cual no puede asumir ningún tipo de responsabilidad en caso de error u omisión.

© Groupe Eyrolles, 2018
© de la edición castellana:
Editorial Gustavo Gili, SL, Barcelona, 2019
© de la traducción: Unai Velasco, 2018

Printed in Spain
ISBN: 978-84-252-3202-2
Depósito legal: B. 15926-2019
Impresión: agpograf impressors, Barcelona

ÍNDICE

- 5** prólogo
- 7** introducción
- 19** cabeza & cuello
- 37** torso
- 59** miembros superiores
- 79** miembros inferiores
- 96** bibliografía

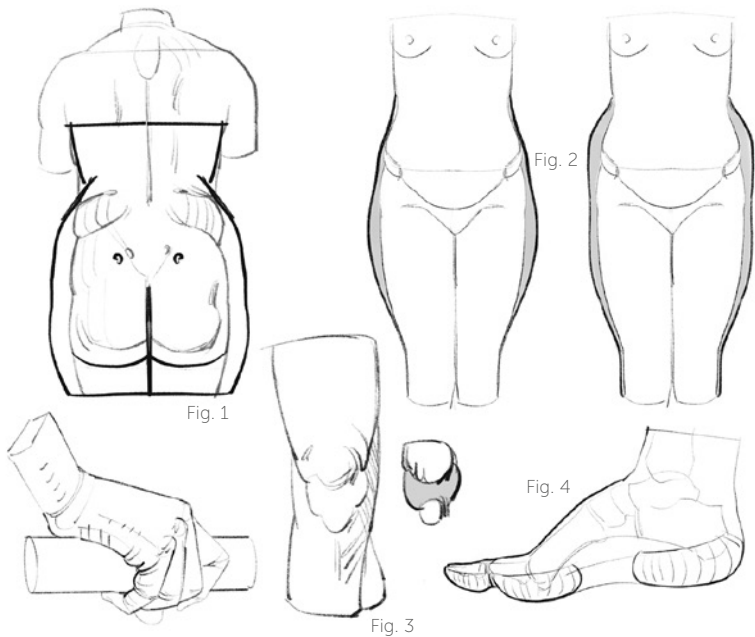


PRÓLOGO

Las diferentes formas del cuerpo humano se reparten globalmente en tres sistemas de idéntica importancia en el dibujo: el sistema óseo, el sistema muscular y el tejido adiposo. En este libro vamos a tratar aquellas formas que tienen que ver con la grasa subcutánea y la que recubre los músculos y órganos del cuerpo humano. Nos basaremos tanto como sea posible en las referencias óseas del esqueleto, cuyos principales elementos traeremos a colación cuando sea necesario. La grasa no oculta por entero el esqueleto, sino más bien al contrario: a menudo revela su presencia en muchas zonas, sobre todo las articulaciones. La piel puede adherirse a la osamenta, y así la grasa, al reduplicar la piel, crea surcos, fosas y nudos que delatan su presencia. Tales localizaciones adi-

posas tienen también sus nombres propios: Paul Richer (véase la bibliografía al final del libro), a quien citaré en varias ocasiones, denomina la zona adiposa situada en la parte trasera del brazo *localización adiposa postdeltoidal*, y aquella que encontramos por debajo de la articulación de la cadera, *subtrocantérica*. Asimismo, enumera las localizaciones adiposas *cervicodorsal* y *prepúbica*. Todo este léxico da a entender que la localización de grasa en estas zonas es frecuente, sistemática en algunos casos. Dichas formas feminizan o masculinizan las siluetas, y, así, acentuarán el carácter sexual de nuestros personajes o, por el contrario, atenuarán sus diferencias, dotándolos de un aspecto más andrógino, como se puede observar al natural.



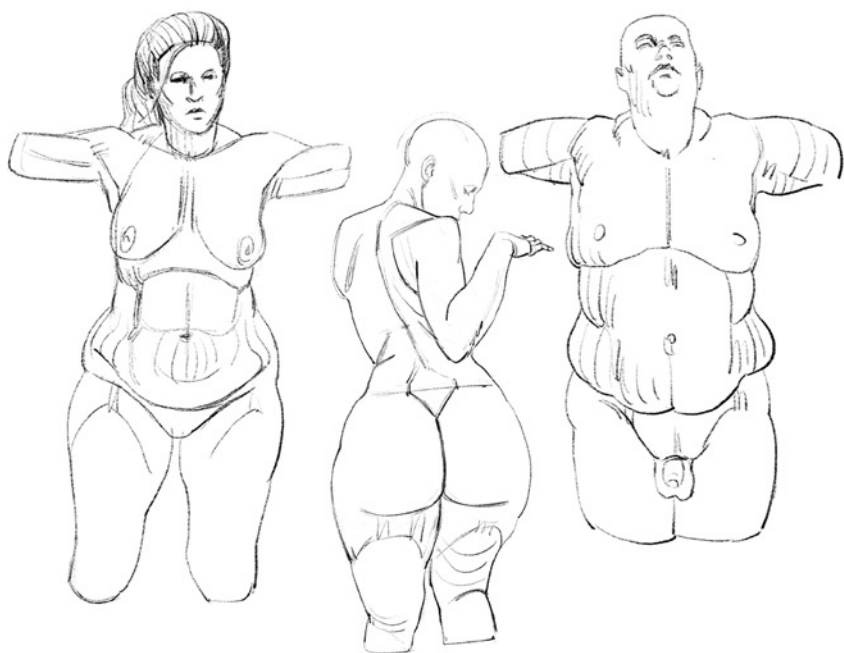


INTRODUCCIÓN

Como decíamos, la grasa reduplica la piel, pero su espesor no solamente varía de una persona a otra, sino que también lo hace en las distintas zonas del cuerpo de un mismo individuo (figs. 1 y 2, véase Richer). Existe un tipo de grasa denominada *intersticial*, ubicada bajo la aponeurosis, un tejido fibroso que recubre por entero los músculos y huesos del cuerpo. Este tipo de grasa varía muy poco en cantidad. Se desliza entre los vasos sanguíneos, los nervios, los ligamentos y las inserciones musculares. En algunas zonas, puede llegar a determinar las formas:

rellena las cavidades bajo el pómulo, la axila, la ingle y la zona poplitea (tras la articulación de la rodilla), y se deposita entre el tendón del cuádriceps bajo la rótula y la tibia, participando de este modo en el mecanismo de esa articulación (fig. 3).

La grasa que rodea las puntas de los dedos de manos y pies también varía muy poco, y sirve para acolchar, proteger y amortiguar. Esta permite también que nuestra mano disponga de una mejor adherencia, adoptando la forma de los objetos que agarra. En la parte inferior del pie (fig. 4) puede alcanzar 2 cm de



espesor y ejerce la función de suela natural.

La grasa de la que nos ocuparemos en esta obra es, sobre todo, aquella que puede catalogarse como superficial. De ubicación subcutánea, reduplica la piel. Su espesor puede estimarse fácilmente si pellizcamos la piel con los dedos: al hacerlo, nos daremos cuenta de que los dedos agarran un doble espesor, de grasa y de piel. En varias zonas del cuerpo, el espesor variará con el sobrepeso. Algunas formas adiposas no apare-

cen hasta la pubertad y, con más frecuencia, en el cuerpo femenino. Son consideradas características sexuales secundarias. Pueden ser muy acusadas y aparecer incluso en personas desprovistas de grasa corporal. Las variaciones individuales son notables. Un cuerpo puede estar más o menos recubierto de grasa, en términos generales, pero los lugares donde esta se localiza no tienen por qué ser todos necesariamente proporcionales. Sus límites pueden atenuarse o, al contrario, reforzarse. Por ello, debe

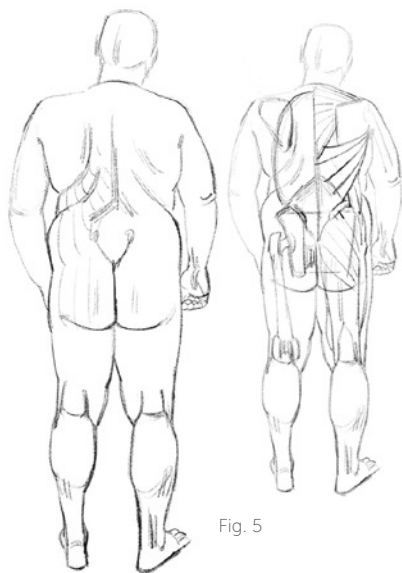


Fig. 5



Fig. 6

tenerse en cuenta que hay infinitas posibilidades en relación con los distintos espesores de las formas adiposas; no tiene por qué existir una necesaria correlación entre ellos. Estas formas adiposas, además, tampoco coinciden con el sistema muscular (fig. 5).

La piel es un recubrimiento elástico reforzado por una capa de grasa íntimamente adherida a ella por su cara profunda. Con la edad, la pérdida de esta elasticidad produce las arrugas.

Los pliegues de la piel corresponden a los puntos de articulación y se refuerzan con los movimientos de flexión, extensión y rotación, como sucede con los pliegues de un vestido. Las adherencias de la piel al esqueleto (fig. 6) generan en esas zonas otros pliegues y cavidades. En último lugar, los pliegues pueden ser debidos a la acción directa de ciertos músculos sobre la piel, denominados por ese motivo *músculos cutáneos*, como el caso de los músculos del cuello o del rostro.



Fig. 1



Fig. 2



Fig. 3

Cabeza y cuello

La grasa suele localizarse en la zona de la mejilla. Con el sobrepeso, la grasa se reparte por todas partes bajo la piel, las formas se simplifican y los huesos del cráneo pierden presencia. Con la edad, el descolgamiento de la piel produce la sensación de un tejido reblandecido que cuelga del cráneo, haciendo que este se manifieste en su región superior: la frente, la cavidad orbitaria, los arcos de los pómulos. La acción repetida de los músculos cutáneos acaba formando arrugas. Estos se insertan en la piel y se enlazan con los huesos. Su acción tiene como función mecánica fundamental variar las aperturas naturales del rostro, alrededor de los ojos y de la boca, y participar en el lenguaje y en la expresión de nuestras emociones.

Su contracción está en el origen de los pliegues y arrugas del rostro, que son perpendiculares a la dirección de las fibras musculares. Al margen de los músculos *masetero* y *temporal*, dos poderosos masticadores, lo que representamos al dibujar no son estos músculos, sino más bien su acción sobre el rostro: los pliegues y las arrugas. En el cuello, la grasa suele suavizar las formas; los movimientos repetidos de flexión y extensión imprimen su acción sobre la piel en forma de pliegues circulares. Con la edad, es notable el relajamiento del músculo *platysma*, el músculo cutáneo localizado en la zona del cuello. La figura 1 ilustra un esquema de dicha región prescindiendo de dicho músculo, que aparece indicado concretamente en la figura 2, mientras que en la figura 3 podemos verlo con su apariencia habitual. En la parte en la que se unen la nuca y la espalda, la séptima cervical puede estar recubierta por

Fig. 1



Fig. 2



Fig. 3

una pequeña zona grasienta que suaviza su relieve, realzando el contorno al mismo tiempo.

Torso

El trasero es la más voluminosa de las zonas adiposas. La trataremos después, junto con las extremidades inferiores. El lateral del torso es musculoso por la parte delantera y adiposo por detrás. Esta localización adiposa se origina en el espacio que queda libre entre los músculos dorsal ancho y oblicuo externo, como si fuese a rellenar ese vacío. A partir de ahí, las formas varían. Pero, al desarrollarse, la parte lateral remonta hacia la zona de la espalda y forma un michelín carnoso.

Esta zona grasa lateral puede unirse, hacia delante, con la masa adiposa del abdomen (figs. 1 y 2, característica típicamente masculina); en ese caso, la grasa forma un cinturón carnoso que se mantiene alrededor

de la zona abdominal, logrando que, por debajo, la zona de las caderas parezca más estrecha, sobre todo si la pelvis ya es estrecha de por sí. Pero también puede cruzar esa frontera ósea, traspasando la cresta ilíaca para ir a parar a la zona de las caderas y la parte superior del trasero (fig. 3, característica típicamente femenina). En ese caso, el efecto de tamaño se acentúa si la pelvis es más grande. Tanto en modelos masculinos como en modelos femeninos, he podido observar uno de estos dos cánones (p. 12). No he podido nunca decidirme por ninguno de los dos.

La grasa disminuye e interfiere en las peculiaridades de cada sexo, arrastrando las formas hacia la androginia. Existe, obviamente, un sinfín de matices y variantes, ciertos pliegues que se pueden desdoblar. Pero he procurado no tenerlos en cuenta en el marco de esta obra sintética.

A la altura del abdomen, la grasa tiende a concentrarse en torno a la zona